VI

Debo á la erudición... de Mariano de Cávia, la siguiente cita de Casti, en *Gli animali parlanti.*

«L'evidenza mostro che ad uno Stato
nulla puote accader di più sinistro
che filosofo avere o letterato
degli affari alla testa e per ministro.»

Nuestros *amos* (¿por qué no darles su nombre?) no se pierden ciertamente por la filosofía, pero por los versos... Cada oficina es una plaga.

Si es una calamidad un poeta ministro, como Jovellanos, y lo es un poeta rey, como Felipe IV (lo menos poeta posible), ¿qué diremos de un poeta profeta, como Salomón, ó un poeta santo, como San Juan de la Cruz? Él es quien dice al aire:

Detente cierzo muerto.»

Como si el viento pudiera morirse, ni moverse lo que está muerto, ni cosa tal.

Y eso que San Juan versificaba fácilmente.

Aunque no tanto como el otro San Juan, el precursor, que comía langostas y miel silvestre y se comparaba á la voz que clama en el Desierto y decía en verso de Abraham que podría despertar hijos aun de las piedras.

Ni como el otro San Juan que vió en el *Apocalipsis* una bestia con siete cabezas y diez diademas, con lo cual le sobraban diademas ó le faltaban cabezas, y oía una voz que daba seis libras de cebada por un denario y pedía que no se hiciera daño al vino ni al aceite.

Porque en esto de poetas Juanes han sido muchos los llamados, *pauci vero electi*.

El San Juan nuestro, San Juan de la Cruz, que como santo era excelente (no me vengan con disgustos), también como poeta se sintió Carulla y quiso escribir en verso el Génesis y comenzó:

«En el principio moraba
el Verbo y en Dios vivía,
en quien su felicidad
infinita poseía.

El mismo Verbo Dios era
que el principio se decía.
Él moraba en el principio
y principio no tenía.»

Después se asustó el poeta santo de tanto *ía* y comprendió que si seguía tendría una algarabía.

Y paró la historia del mundo por temor á que sobreviniera el Diluvio antes de tiempo.

Entonces púsose á describir un lecho

«de cuevas de leones enlazado,
de púrpura teñido,
de paz edificado,
de mil escudos de oro coronado.»

Un lecho así, enlazado de cuevas de leones y edificado de paz, no se ve ya ni en el almacén de camas...

Detente, pluma. Iba á hacer un reclamo.

Y sigue San Juan:

«Allí me mostrarías
aquello que mi alma pretendía,
y luego me darías
allí tú, vida mía,
aquello que me diste el otro día.»

Si no fuera por respeto al santo, diría que en esa estrofa no hay ni cadencia, ni gracia, ni sintáxis, ni moral.

Santa Teresa era otra cosa; mejor dicho, era otra poetisa, una Safo cristiana, como quien dice, dulce como los bizcochos del convento. Todo su afán era que la gozase el Esposo, al cual llamaba zagal y ñudo y aljaba, y quién sabe cuántas lindezas. Hacía cada letrilla que daba encanto.

«Pues que nuestro Esposo
nos tiene en prisión
á la gala, gala
de la Religión.»

Y se les caía la baba á las madres.

Cuando hizo el Nacimiento, compuso una letrilla de lo más delicado:

—¿Es pariente del Alcalde,
ú quién es esta doncella?
—Ella es hija de Dios padre,
relumbra como una estrella.
—Mi gallejo, mira quien llama...
Angeles son que ya viene el alba.»

¡Cuidado que la madre era graciosica!

Pues ¿y cuándo la Circuncisión?

«Vertiendo esta sangre,
¡Dominguillo, eh!
Yo no se por qué.»

Una vez estuvo muy afortunada.

Cuando escribió los *Desengaños de un alma religiosa.*

«Cuando Dios corrige
grandemente aflige.
Quien á Dios se arroja
no tendrá congoja.
No queriendo nada
vivo descansada.»

¡Lástima que ya se hubiera dicho aquello otro!

«A Dios rogando
y con el mazo dando.
Primero son mis dientes
que mis parientes.
Quien con niños se acuesta
pierde pan y pierde perro. Etc.»

El siglo XVI fué precioso.

En él floreció D. Juan de Arguijo, quien en el soneto *La avaricia,* ve un árbol fugitivo y en *La constancia,* una máquina estrellada que *se disuelve* y en *Horacio Coclés,*

«Un grueso campo que pasar porfia.»

Y D. Francisco de Medrano que nos habla de un *puñal de industria agudo. (A D. Alonso de Santillán).* Y D. Pablo de Céspedes, quien, hablando del primer hombre, dice que Dios

«Vistiólo de una ropa que compuso
en extremo bien hecha y ajustada.»

particularidad que no conocíamos y más notable que *el árbol bello de la tierna pera.*

Verdad es que tampoco sabíamos nada del *etrusco Vaticano,* ni de los *cabellos desdeñosos del caballo,* ni de la luna que

«... embiste blanca y en cabello
al pastorcillo desdeñoso y bello.»

Con lo cual subiría el pastor en los cuernos de Diana á

«Las pardas nubes del granizo helado.»

que dice Luis Martín.

El poeta más excelente de aquel siglo fué D. Fernando de Herrera.

En la canción por la victoria de Lepanto llama á las banderas de los moros *banderas de la luna.*

«Quien honra de la luna las banderas.»

Puede mucho el amor patrio y la fuerza del metro y el consonante.

El mismo Herrera califica repetidas veces á los moros de *ímpios,* así, con acento en la primera *i,* para que el verso resulte bien medido, y eso que el gran poeta no era ningún *mendigo.*

Encárase después con Tiro y la dice:

«Mas tú fuerza del mar; tú excelsa Tiro
que en tus naves estabas orgullosa.»

Quiso decir *de* ó *con* tus naves, pero resultaba largo.

«Y el *término espantabas* de la tierra
y si hacías la guerra
de temor la *cubrías de suspiro*
¿cómo acabaste fiera y orgullosa?»

Aquí se ve muy claro que cuando Tiro hacía la guerra la cubría *de suspiro.* Tal vez no quiso decir ese disparate Herrera, pero lo dijo.

No hablemos de la canción á D. Juan de Austria, vencedor de las Alpujarras. La mitad de la gente no la entiende.

Y es que á veces falta un consonante ó todo un verso y se coloca allí cualquiera. Eso debió de ocurrir á Gutierre de Cetina quien, en su precioso madrigal *A unos ojos,* necesitando un verso que terminara en *osos,* en medio de una composición melancólica y dulcísima, *se arrancó* con este grito:

«¡Ay tormentos rabiosos!»

Y adiós melancolía y serenidad y dulzura. El lector siente deseos de echar á correr asustado.

¿Se puede dar composición más bella que la *Canción de Nerea,* de Gaspar Gil Polo? Pues en ella se dice:

«Deja la *seca* ribera
do está el agua infructuosa»

Y á cualquiera se le ocurre que donde está el agua no puede estar seco. Si en la ribera está el agua no hay tal sequedad y si es seca no puede estar allí el agua. No me convencen de otra cosa frailes descalzos.

Ya sabemos que no quiso Santa Teresa decir lo que dijo con aquello de

«Tirome con una flecha
enarbolada de amor.»

Ni Baltasar de (ó del) Alcázar lo que al pie de la letra expresa al escribir:

«Salido el sol por Oriente
de rayos acompañado.»

Si los rayos son de luz, no acompañan al sol, sino que parten de él, y hablar de otros rayos resulta un mayor disparate.

Del genio á la locura, hay media vuelta de una clavija.

De escribir versos á decir disparates, un cuadrante de vuelta.

Propuso Alejandro á un poeta que le

acompañara en su expedición en Asia, ofreciéndole por cada verso un Filippo de oro y por cada disparate un latigazo.

El poeta no aceptó.

Porque todos los poetas dicen á lo mejor tonterías.

Desde el autor de *Marina* y *Flor de un día*, en su célebre cuarteta:

«El sitio del duelo es este.
Y esta estátua es de Minerva.
¡Y como crece la hierba
con este viento Sud-Oeste!»

Hasta el gran Zorrilla que canta:

«Mi madre fué una alondra, mi padre un ruiseñor.»

Y contesta el público:

«¡Qué cosas tan extrañas nos cuenta este señor!»

VII

En el siglo de oro eran los ripios, ¡naturalmente! de oro también. Los ríos no *sacaban* ya *el pecho fuera,* como en tiempo de Fray Luis de León, ni cantaban todavía los campanarios, como en los de Ruiz Aguilera:

> «El viejo campanario
> que la oración cantaba
> con acento monótono y profundo.»

Yo *moldeé* un gazapo parecido en mi adolescencia.

Volvía á mi pueblo; (he nacido en la calle de Atocha). Volvía ¡claro! triste y desengañado, y me encontraba con que la torre no tenía campanas y con las ojivas *con dos ojos sin miradas, como dos cuencas vacías,* sin duda porque hay cuencas llenas y hasta cuencos. Entonces era el largar octosílabos:

«Ya que en ese *torreón*
cesó vuestro alegre son
y en el pasado dormis,
campanas *que no existís*,
sonad en mi corazón.
Sonad como alborozadas
de mi vida en los albores;
evocad acompasadas
aquellas dichas pasadas
y aquellos tiempos mejores.»

Quedamos en que no cantaban los campanarios, ni aun las cuencas vacías, pero tampoco engendraban las hojas desde Homero (esto no es traducido del alemán, ni aun del francés), ni podía compararse, por tanto, su generación á la de los hombres:

«Οἵη δή φύλλων γενέη τοιήδε καὶ ἀνδρῶν.»

Ni se despeñaban los clamores. Esa invención estaba reservada á Núñez de Arce.

«El místico clamor de la campana
que sobre el alma humana
de las caladas torres se despeña.»

Dejemos digresiones.

Hay que tener respeto á los clásicos como Valera.

Y como doña Emilia Pardo Bazán, esa ilustre Diotima que si no ha conseguido sentarse al banquete de los filósofos, ha lo-

grado agacharse á la merienda de los académicos.

Cuando dice Horacio:

«Grammatici certant, *adhuc* sub judice lis est.»

El *adhuc* sobra, como sobra el *tandem*, no en el velodromo, sino en la célebre frase de Cicerón:

Quosque tandem Catilina abuteris patientiæ nostræ?

Pero no se va á decir que Cicerón y Horacio abusaban del ripio como un Fiacro ó un Sinesio cualquiera.

Mas *volvamos en sí*, que dijo el primer Valdeiglesias.

Volvamos al siglo XVI.

Rioja... ó quien sea:

«Sólo quedan memorias funerales
donde erraron ya sombras de alto ejemplo.»

¿Sobra ó no ese *ya?*

«Este despedazado anfiteatro
impío honor de los dioses, cuya afrenta
publica el amarillo jaramago
ya reducido á trágico teatro...»

Ahí tienen ustedes como el jaramago, amarillo y todo, puede *reducirse* á teatro trágico, como quien dice de Cavestany, ó de Francos y Llana.

«Aún se oyen llantos hoy, hoy ronco acento...»

Hoy, hoy. ¡Huy, huy!

«Esta *corta* piedad que...»

Bueno, dejemos esto.

«Como los ríos que en veloz corrida
se llevan á la mar *(¿el qué?)* tal soy llevado
al último suspiro de mi vida.»

¡Cuánto lloré á los diez años leyendo *A las ruinas de Itálica,* á pesar de su final frío y aplastante!

También me deleitaba Góngora.

Aún corre de boca en boca el *¡Aprended flores de mí!* y el *Ande yo caliente.* Mas ¿por qué á todo lo *culto,* premioso y afectado se llama gongorino?

¿Por qué nadie entiende la dedicatoria al Duque de Béjar?

«¡Oh tú, que de venablos impedido
muros de abeto, almenas de diamante,
bates los montes, que de nieve armados,
gigantes de cristal, los teme el cielo;
donde el cuerno (!) del eco repetido,
fieras, te expone, que al teñido suelo
muertas, pidiendo términos disformes,
espumoso coral le dan al Tormes.»

Como esos versos escribió el celebérrimo Góngora más de tres mil.

Fué el rey del hiperbaton; él fué quien escribió:

«Cuantos me dictó versos dulce musa.»

Endecasílabo que inspiró á Lope aquel otro:

«En una de fregar cayó caldera.»

Y él fué (Góngora) quien hizo purpurear la nieve.

«Arrima un fresno al fresno (?), cuyo acero
sangre sudando, en tiempo hará breve
purpurear la nieve.»

Que ya es purpurear.

Ese célebre Góngora fué quien hizo exclamar al mismo Lope:

—«Madona ¿qué decís?—Que afecten paso,
que ostenta limbos el mentido ocaso
y el sol depinge la porción rosada.»

A lo cual contesta el *ambulante* huésped:

«Boscán, perdido habemos el camino;
preguntad por Castilla, que estoy loco
ó no habemos salido de Vizcaya.»

Porque Lope sabía el euskaro como yo el chino.

D. Juan de Jáuregui imitó á Góngora bastante bien.

Menos cuando Marco Antonio mira *al diadema del imperio ausonio,* ó cuando habla de la *remota mar hircana ó mora.*

Que es como hablar de las remotas llanuras de Rusia ó Getafe.

En los sáficos de Villegas lo mejor son las repeticiones.

«Oye y no temas y á mi ninfa dile
dile que muero.
Filis un tiempo mi dolor sabía;
Filis un tiempo mi dolor lloraba;
quísome *un tiempo,* más agora temo
temo sus iras.
Así los dioses con amor paterno.
así los dioses con amor benigno, etc.»

Esos sáficos me recuerdan á ciertos oradores.

«¡Ah señores, señores! Cuando miro la bandera española, la bandera española, con ese color amarillo y rojo, amarillo y rojo, que recuerda otros días, que recuerda otros días de gloria y de ventura, de gloria y de ventura para esa patria amada, para esa patria amada, etc.»

Oye uno el discurso dos veces y si es de Reverter, miel sobre hojuelas.

Lupercio Leonardo de Argensola no acudía al relleno con frecuencia. Usaba más

bien de otro expediente: con cambiar los acentos á los nombres salía del apuro.

Ejemplo:

«Pero tengo conmigo un tu contrario
que tiene prometido defenderme
contra el poder de Jerjes y de *Dário.*»

Si el consonante hubiera sido *ócles* hubiera dicho *Temistocles,* si *to Octavio,* y si hubiera necesitado acabar en *inguez,* adelantárase á su tiempo citando al general López Domínguez.

Primero se puede emplear como adverbio en vez de *primeramente,* pero es menester hacerlo con sintaxis. Decir v. gr.:

«Yo os quiero confesar don Juan primero.»

es violentar la construcción para que el verso acabe en *ero* y consuene con *dinero* y *verdadero.*

No más cuerdo anduvo el otro Argensola (Bartolomé Leonardo) al decirle á Italia:

«Y tiemblas hoy debajo de su lanza
mirando el hierro de tu sangre tinto
dudoso entre el temor y la esperanza.»

En donde parece que estaba el hierro dudoso y no Italia, como en otro pasaje parece que las manos miran á todas partes:

«Las manos tiemblan cuando lo levanta
mirando á todas partes con cautela.»

Lo que hay, es que en Argensola pasa todo.

Él escribió:

«Y si *doliendomé* de ver tu olvido...»

Y nada dijo Sánchez Pérez.

En cambio yo escribí:

«Ven cariñosa Elisita,
gentil cual rosa de té;
dame un beso, *sientaté*
y escucha una fabulita.»

Y, á vuelta de elogios, me reventó el maestro en *Madrid Cómico.*

Pues no se apure usted D. Antonio; otra vez no diré *sientaté* sino *sírvase usted de tomar asiento,* como Tamayo y Baus en *Un Banquero.* (Escena IX).

A las vegadas, por la mala colocación de un acento ó de una palabra, se pierde el sentido de la oración.

Así escribe Sor Juana Inés de la Cruz:

«Detente sombra de mi amor esquivo.»

La sombra del amor esquivo no *resulta,* y la sombra esquivo menos.

Argensola asegura que una tortuga, por sufrir el hielo,

«sacudirá de sí su alcoba angosta»

y Polo de Medina afirma que Dafne tenía

«los ojos *boquiabiertos*»
.....
y en una razón suya, y no es exceso
yo vi rallar un queso.»

Como podía haber escrito que vió mechar ternera; porque, según él mismo confiesa,

«el poeta más payo
de sus versos bien puede hacer un sayo.»

Con su cuenta y riesgo, por supuesto, y si no dígalo Quevedo en *El Buscón:*

«Yo le supliqué que lo dejase, poniéndole por delante que si los niños olían poeta, no quedaría troncho que no se viniese por sus pies tras nosotros, por estar declarados por locos en una premática que había salido contra ellos, de uno que lo fué y se retiró á buen vivir.»

Y eso lo dijo por un bienaventurado autor de la siguiente chanzoneta al Corpus:

«Pastores: ¿no es lindo chiste
que es hoy el señor san Corpus Christe?
Y es el día de las danzas;

en que el Cordero sin mancilla
tanto se humilla
que visita nuestras panzas,
y entre estas bienaventuranzas
entra en el humano buche.
Suena el lindo sacabuche,
pues nuestro bien consiste.
Pastores, ¿no es lindo chiste?...»

Y vuelta á comenzar.

Contra la manía de versificar no hay remedio. La misma fuente de Helicona hace palidecer á los poetas por la influencia de esa manía, según Pérsio. *(Prologus, ex Satirarum). (Lutetiae* MDCCLXVII*).*

«Nec fonte labra prolui caballino;
Nec in bicipiti (?) somniasse Parnasso
Memini, ut repente sic Poëta prodirem,
Heliconiadasque, pallidamque Pirenem
Illis remitto, quorum imagines lambunt
Hederae sequaces.»

Un poeta es siempre un joven arcadiense, según Juvenal, y la Arcadia era un lugar del Asia en que abundaban los pollinos.

«¿Quid enim scio? Culpa docentis
Scilicet arguitur, quid laeva in parte mamillae
Nil falit *Arcadico juveni*, cujus mihi sexta
Quaque die miserum dirus caput Annibal implet.

(JUVENAL *Ex Satira VII.)*

¡Dichosas digresiones! Ya me olvidaba del siglo *aúreo.*

Los adjetivos y los adverbios son dos grandes recursos de los poetas; pero ¡qué recursos!

«No lloro solamente tu partida,
aunque es mal que matara *solamente.*»

Así canta Figueroa, *el divino*, y eso de matar *solamente* recuerda lo que oímos todos los días:

—¿Qué le ha pasado á Fulano?

—*Nada;* que se ha muerto.

Lo mismo es el *solamente* de Figueroa que el *nada* del vulgo.

¡Qué bien se harían los versos sin medida ni rima!

Oid á Víctor Hugo en *El águila del casco:*

«Le fond, nul ne le sait. L'obscur passé defend
contre le souvenir des hommes l'origine
des rixes de Ninive et des guerres d'Egine
et montre *seulement la mort* (!) des combattants.
après l'echange amer des rires insultants.»

Leed á Zola: «Cinco versos, cinco ripios. Egine viene aquí *solamente* (!) para rimar con *origine.* Nada más pesado ni inútil que los dos últimos versos. Es un verdadero relleno de mazacote».

Solamente un Zola puede atreverse á censurar á todo un Víctor Hugo, heroicidad mayor que defender á un Deyfrus.

Porque Víctor Hugo está tan alto en el Parnaso como las estrellas que, según él, *vuelan y se andan por las ramas:*

«Les etoiles volaient dans les branches des arbres comme un essaim d'oiseaux de feu.»

Eso lo escribió *dans l'exil,* y allí no tenía siempre buen humor el gran poeta.

Excepto cuando recibía versos de un amigo, en cuyo caso los ripios le alegraban y prorrumpía en estrofas como la siguiente:

«Tes volumes exquis m'arrivent blancs oiseaux
M'apportant le rameau qu'apportent les colombes
Aux arches, et le chant que le cigne offre aux tombes.»

La verdad es que nadie ha visto tales *pajaritos blancos,* ni palomas que traigan *ramos á los arcos,* no siendo en las estampitas de comunión, ni mucho menos ha oído á los cisnes ofrecer cantos á las tumbas. Los cisnes no hacen semejante cosa.

Podríamos igualmente asegurar, pese al gran Hugo y á sus admiradores que los astros no son *diamantes de las pilastras del profundo firmamento* y que ni las pilastras

tienen diamantes, ni hay tales pilastras, ni ese es el camino del firmamento, al cual llamó cielo el mismo Víctor Hugo. Pero hay que callar ante

«Toutes les *splendeurs* de la *sombre* nature.»

Hay sombras esplendorosas, espléndidas ó esplendentes; como ustedes quieran.

Y esplendores sombríos.

Como el de *Los Magos:*

«L'ame de Pindares se hausse
á la hauteur des Pelions.»

Es cuanto puede *alzarse* un alma.

«Daniel chante dans la fosse
et fait sortir Dieu des lions.»

Un juego de *alta prestidigitación* y *taumaturgia clásica:* hacer salir á Dios de los leones.

«Gluck et Beethoven sont á l'aise
sous l'ange *oú* Jacob se debate.»

No fué precisamente *en* el ángel donde se agitaba Jacob, ni aun nos habla de tal agitación el *Pentateuco.* En fin, pase.

«Mozart sourit...»

¡Claro! Al ver á sus compañeros tan *á l'aise.*

«Mozart sourit et Pergolése
murmura ce grand mot: Stabat!»

Por cierto que nadie sabía hasta ahora que *Stabat* fuese precisamente lo que se llama un *grand mot.*

Mater podrá ser una gran palabra; *Stabat mater* podrá despertar una gran idea; pero ¡Stabat á secas...! Que lo diga Balart.

Balart ha escrito un libro que, según él dice, es exudación de su alma.

Libro perfecto en sentir de los críticos, á pesar de aquello de *cuadre* y *padre.*

Yo me recreo y aun suspiro leyendo *Dolores.*

«Si el cielo de noche
me paro á mirar
tantas luces y tanto silencio
me dan que pensar.»

Hay para dar que pensar á cualquiera ¡tanta luz y no sentirse una mosca!

«Y al ver como callan
tierra, viento y mar,
me parece que el mundo es un muerto
que van á enterrar.»

¡Qué bonita imagen! ¿eh? El mundo es un muerto, así como suena y un muerto *que van* (¡qué sintaxis!) ¿á qué dirán ustedes? Pues á enterrar. No se quién, pero le entierran, no hay duda.

Es dar con el universo en tierra.

También el éter es una región *inerte.* Habrá que enterrarle tarde ó temprano.

«Del éter en la triste región inerte
acechando á la vida vela la muerte.»

La muerte en vela y acechando á la vida. ¡Eso es filosofía y tal!

Así es que cuando viene el fantasma

«Por el cuello me echa el brazo,
con el labio me alza el ceño.»

Y el poeta se queda estático y, buscando un consonante á *olmeda,* hace enredar al águila *nidos tristes* en los peñascos, diciéndole á Dios como echándole la culpa de todo:

«Por tí el águila enreda
sobre el alto peñón su triste nido.»

Por una cosa así, Curros Enríquez, que ya había exclamado lleno de asombro:

«¡Sin fror á semente!»

Como si la simiente tuviera flor alguna vez, puso en otra ocasión, por la fuerza del

consonante y la cadencia, en boca de Dios estas palabras:

«Si ch'esto é xusticia
q'o demo me leve.»

Y por poco no metieron al autor en presidio.

VIII

Los disparates de los poetas no debieran ser duramente censurados; cada ripio lleva la pena en su propia culpa.

Es lo que ha dicho Juvenal en un verso corto y dos largos. *(Sat. XIII,* 196).

«Paena antem vehemens, ac multo saevior illis
quas et Cœditius gravis invenit et Rhadamantus
nocte dieque suum gestare in pectore testen.»

Por lo cual conviene ante esas faltas *achicarse los ojos,* como dice Shakespeare, que sabía achicárselos y agrandárselos. *(Merch. of. Ven. Sc. I).*

«Some that will evermore peep through their eyes
and laugh, like parrots, at a bag-piper.»

Verdad es que los versos de Shakespeare degeneran con facilidad en antítesis, conceptillos y *phebus* extravagantes. Si alguien

lo duda, que se lo pregunte á Menéndez Pelayo; y si no que lea á Ruskin.

No va uno á estar siempre detrás de los poetas á caza de incoherencias, para decirles luego lo que cierto crítico á un poeta que le gusta á Clarín:

«Juan Pérez: eres un mero
empleado.»

Y luego: ¿qué se va á hacer con un vate inspirado que resbala?

¿Se le va á meter *en fuertes hierros*, como en el Romancero?

«En fuertes hierros lo meten
por mando del rey D. Sancho.»

Mejor es dejarle que le reprenda la madre que lo parió, como expresa el mismo Romancero sin metro, ni cadencia, *ni chicha, ni ná. (Don Galván y la Infanta)*:

—«¡Ay por Dios! ¡ay mi señor!
recogedme ese mochacho
en cabo de vuestro manto.
Dédesmelo á criar
á la madre que os parió.»

Y si no pega que le enseñen Félix Lyon Leonsay, ó el Barón de San Malato.

Volvamos á nuestros carneros; es decir, volvamos á los poetas del siglo de oro.

Cervantes versificaba tan bien que un su envidioso, no pudo menos de reconocer

«que una mano herida
supo dar á su dueño eterna vida.»

(Laurel de Apolo).

Pero le agradaba dar en qué pensar y por eso compuso aquella décima en que se lee:

«Si en la dirección te humí—
no dirá mofante algú—
¡Qué D. Alvaro de Lú—
que Aníbal el de Cartá—
que rey Francisco en Espá—
se queja de la fortú—!»

Todavía están los críticos dándose de calabazá— por averiguar qué quiso decir el autor de *Don Quijote*.

Y es posible que anduviera Cervantes tan derecho entonces como cuando hablaba de *Nilos llanos* y de fieras venenosas.

«Entre la venenosa muchedumbre
de fieras que alimenta el Nilo llano.»

Es lo bueno que tienen los ríos, que son llanos, aunque no *alimenten* sino anguilas. Una duda me ocurre que no sé si han resuelto Hartzembusch, Clemencín ó Díaz de Benjumea; al hablar de *fieras venenosas*

que alimenta el Nilo ilano ¿se referiría á los salmones el autor de *Pérsiles y Segismunda?* En tal caso hay que reconocer que

«Todo ha degenerado; hasta los peces.»

En el género que hoy llamaríamos *flamenco* no tenía rival.

La Gananciosa, canta en *Rinconete y Cortadillo* coplejas como la muestra:

«Por un morenico de color verde
¿cuál es la fogosa que no se pierde?»

Hoy son más avispadas las *fogosas* y no se pierden por los morenos verdes á tres rempujones.

Las mujeres que se enamoraban entonces corrían riesgo de que las ocurriera lo que á la Loaysa de *El celoso extremeño:* volverse quimeras y encontrarse con las manos de lana y los pies de fieltro.

«Es de tal manera
la fuerza amorosa
que á la más hermosa
la vuelve quimera;
el pecho de cera,
de fuego la gana,
las manos de lana,
de fieltro los pies.
Que si yo no me guardo
mal me guardareis.»

De modo que el amor acarreaba entonces á los amantes lo mismo que enumeraba Plauto en unos versos no muy bien medidos que digamos; todos los males que trae la poesía á quien se encalabrina con ella:

«Imsonnia, aerumna, error, terror, quae dixi minús,
Ineptia, stultitiaque, adeo et temeritas,
Incogitantia, excors, inmodestia,
Petulantia, cupiditas et malevolentia.»

En compensación, los poetas, cuando sueltan un concepto obscuro, como los del hijo de D. Lorenzo el del *verde gabán,* oyen elogios como los que el tal oyó de Don Quijote, alanceando de paso á otro poeta del siglo de oro:

«Viven los cielos, donde más altos están, mancebo generoso, que sois el mejor poeta del orbe y que mereceis estar laureado, no por Chipre ni por Gaeta, como dijo un poeta que Dios perdone, sino por las Academias de Atenas *(¿cuántas había?)* si hoy *vivieran* y por las que hoy *viven* de París, Bolonia y Salamanca!»

Es muy delicado *meterse* con Cervantes.

Para pez colosal Quevedo.

Él siempre encontraba el chiste.

¿Había que cortar para ello los versos? Pues se cortaban.

«Y hasta el muchacho de un año
Judas infuso tendrá,
Ello dirá.
Y si no.
lo diré yo.»

¿Hacían falta incoherencias y aun disparates? Allá iban.

«Pulgas tengo, no hay duda,
y si me dejo picar
es de los que dan en dar
y con dineros replican.
Pulgas me pican,
el candil está muerto,
ergo sequitur sequitur
que me pican á tiento.»

Aquello era gracia y tal.

Las cordobesas deben estarle agradecidas á D. Francisco.

Por lo que dijo dellas:

«Buenos caballos para ser mujeres,
buenas mujeres para ser caballos.»

Y Cervantes, por haberle *reventado* el testamento de *Don Quijote*.

Y la moral por las atrocidades que largaba en crudo.

Y el buen sentido por versos como aquellos:

«Es mi Mariquita
quita pesares,
digo, quita pesos,
digo á ocho reales.»

Porque tenía la obsesión de que todas las mujeres le querían... quitar la bolsa, como la tenía Ovidio, y la manía de compararlas á los cuadrúpedos, como el propio Nasón:

«Non equa munus equum, non taurum vaca poposcit,
non ovis placitam munere captat ovem.»

Si ahí no hay poesía, hay egoísmo, como en Quevedo.

«Solamente un dar me agrada
que es el dar en no dar nada.»

Quevedo veía cosas que nadie ha visto: reirse las malvas *ú sease* cabelleras (!).

Y le dice á un rosal:

«No hay florecilla tan baja
que no te alcance de días
y de tus *caballerías*
se está riyendo la malva
cabellera de un terrón.»

También veía llevar en los pies frentes.

«Tú que de monarcas grandes
llevas en los pies las frentes.»

Y veía asimismo comer agua:

«Mira que estas corrientes,
después que fueron *dignas de los dientes*
de Aminta, han despreciado
cualquier labio mortal.»

Y ensartar tiempos. *(Profecías de Pero Grullo).*

«En estos tiempos que ensarto
veréis, maravilla extraña
que se desempeña España
solamente con un Cuarto.»

Si llega á reinar entonces, en vez de Felipe IV, Felipe V, hubiera dicho:

«En estos tiempos que pinto.»

Y si Carlos VIII (que le habrá)

«En estos tiempos que clavo.»

Allá se van ensartar y clavar.

Pero ¡ni por esas! España no se desempeña con un cuarto, ni siquiera con un Décimo tercero.

Cuando escribía en serio D. Francisco, llovían hipérboles:

«..... florecieron
los campos secos que tus pies pisaron.»

Que ya es florecer.

«Cuantas cosas miraste se encendieron.»

(Apaga y vámonos).

«Las aguas del Pisuerga se pararon
y *aprendieron á amar* cuando te vieron.»

Eso era en Valladolid, en donde

«las lágrimas de mis ojos
se quejaban al caer.»

En fin, dejemos á Quevedo.

Hizo un lenguaje para su uso particular en fuerza de retorcer los conceptos y tan agudo quiso ser, que acabó como ciertos linajes.

Acabó en punta.